

EL MUNDO CÓMICO

DIRECTOR LITERARIO,
RICARDO SEPÚLVEDA.

SEMENARIO HUMORÍSTICO

(SE PUBLICA LOS DOMINGOS)

DIRECTOR ARTÍSTICO,
JOSÉ LUIS PELLICER.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En MADRID: un mes, 4 rs.; número suelto, un real; En PROVINCIAS: un mes, 5 rs.; tres meses, 13 rs.; número suelto, un real 50 céntimos. — PORTUGAL; tres meses, 16 rs. — FRANCIA, INGLATERRA é ITALIA: tres meses, 20 rs. — AMÉRICA Y FILIPINAS: semestre, 3 ps. fs.; un año, 5½ ps. fs. —

Se suscribe en las principales librerías de Madrid, Provincias, Extranjero y Ultramar, y directamente ó por medio de letra ó libranza en la Administracion de este periódico, plaza de San Nicolás, núm, 8, segundo. Se admiten sellos de comunicaciones, pero en carta certificada.

LAS MAÑANAS DEL RETIRO. — POR PELLICER.



¡ Cuando veo estos sitios, recuerdo lo que son los hombres y sus palabras!

GÉNERO DE NOVEDAD (dibujo al lápiz). — POR PEREA.



Un lector á quien las caricaturas de El Mundo Cómico saltan á la vista.

ARGUMENTO DE UN DRAMA.

Amigo Sepúlveda: persuadido de que es usted un joven tan discreto como reservado, voy á consultarle respecto á un asunto literario, que no quisiera fuese conocido por los autorcillos dramáticos, que suelen andar siempre en busca de argumentos para sus obras. El caso es que quiero hacer un drama para la temporada próxima; que llevo muchas noches pensando en el asunto, y que ántes de proceder á distribuirlo por escenas y versificarlo, quiero conocer la opinion de usted, por lo mismo que no escribiendo usted para el teatro, no hay peligro de que lo utilice.

Mi drama debe tener un fin eminentemente moral: el de que la culpa lleva en sí misma el castigo. Para desarrollar la fábula cuento, en primer lugar, con un tipo nuevo en nuestro teatro: un hombre que lleve el escándalo consigo, que sea una verdadera avalancha contra toda virtud, que atropelle toda clase de respetos divinos y humanos. Como ha de matar mucha gente, convendrá que gaste espada, para lo cual coloco la accion, por ejemplo, en tiempos de Felipe IV, que es una época muy poco tratada por novelistas y poetas. Esto me facilita tambien la exposicion, pues nunca está de sobra un escudero bellaco y socarron, que hable á Dios de tú, y que constituya el elemento cómico, tan necesario en mi asunto, por lo mismo que al cabo de la fiesta ha de resultar trágico. Llamemos á mi héroe don Pedro, y á su criado Carrascosa, nombres altamente significativos.

La presentacion de D. Pedro es muy fácil: la época la dá de sí. Entran en escena doscientos alguaciles huyendo atropelladamente, y cuando se han ocultado de nuevo, aparece D. Pedro con la espada desnuda, y exclama:

« Ya llevan algun porrazo
y en las ropas varios sietes:
bien castigué á los corchetes... »

Aquí encaja la presentacion de Carrascosa, que viene muy tranquilo y descansado, y que lanza su primera gracia en este verso:

« ¡Gracias á mi fuerte brazo! »

El público, que está en el secreto de que todos los escuderos son cobardes y graciosos, celebra la feliz ocurrencia de Carrascosa, y acaso me llama á la escena, á la cual no salgo porque deseo guardar el incógnito. Una vez envainado por D. Pedro su formidable acero, Carrascosa debe decirle que cuándo acabará de ser loco, y recordarle de paso que tiene cincuenta años y á su edad no pegan ciertas diabluras; pero su amo, que rabiaba por contar al público su vida y milagros, aprovecha la coyuntura, y dice que ha seducido de trescientas quince á trescientas veinte doncellas, entre ellas medio ciento de monjas; que ha llevado la desunion á cosa de ochocientos matrimonios, y que en una especie de registro civil que lleva de los hombres muertos por él en desafio, figuran ya medio millar y no pequeño pico.

Pero ¿qué es lo que interrumpe la narracion de sus hazañas?

¡Ah! sí. La presentacion en escena de una tapada que tiene un manto muy bello, única cosa que se la ve. Don Pedro y Carrascosa se ocultan, y entónces la dama, que marcha á la iglesia seguida por una dueña, creyendo estar sola, apoya el pié en el escalon de la casa de que ha salido, y se ata una liga, dejando ver una media de rayas azules que enamora locamente á D. Pedro. Este quiere adelantarse, pero un nuevo incidente le detiene: un embozado misterioso se acerca á la dama, y dice:

« Envidioso el mundo entero
puede estar ya de Sevilla,
de esa faz por que me muero,
y esa enorme pantorrilla.
— ¡Pues desnudad el acero! »

EN EL CUARTEL. — POR GIMENEZ.



—Cabo Zambomba, ¿por qué ha mandado usted á la prevencion al soldado Cazurro?

—Mi capitán, ha faltado á la subordinacion diciéndome que por milagro tenia dos piés, cuando precisamente por tener cuatro muy largos me eligieron para *caballería*.

Esta interrupcion, como usted comprenderá, mi buen amigo, no puede partir más que de D. Pedro, y una vez lanzada, la escena que motiva es de paton. Los galanes se baten: el desconocido cae atravesado de parte á parte, y aparece una ronda de alcalde, alguaciles, etc. La dama ha llamado á su casa, y el marido abre la puerta: D. Pedro no sabe qué hacer; pero el citado marido quiere mostrarle su gratitud, y le acoge en su casa, cerrando en seguida la puerta. Llega la justicia, ve al muerto, coge á Carrascosa y cae el telon.

El primer acto no puede menos de haber interesado fuertemente al público. Confieso que el segundo es más debil; pero esto no importa, porque el drama se levanta en el tercero, que es lo principal. Y digo que el segundo es más debil, así porque en él no puedo disponer de Carrascosa, como porque la lucha en él es sólo de pasiones.

D. Pedro, como es natural, quiere corresponder á la merced que le ha hecho el marido, sacrificando la virtud de la mujer; pero ésta se defiende heroicamente. Entonces D. Pedro sonríe satisfecho: ha encontrado un recurso admirable. En la casa de enfrente vive una bruja que tiene fama de hacer ganar voluntades y encender viciosos apetitos, y acude á ella ofreciéndola un bolsón lleno de oro. Ya tengo pensado el final de este acto: D. Pedro saca el susodicho bolsón y entrega una cuarta parte de su contenido á la bruja, despues de explicarla su deseo. Esta coge el dinero y contesta:—*¡Imposible!* D. Pedro entrega otra cantidad igual, y ella dice:—*Es muy difícil.* El galán aumenta la dosis, y la bruja dice:—*Probaremos;* y últimamente D. Pedro entrega cuanto le queda, el talego inclusive, y la celestina dice lacónicamente:—*Triunfarás.* Este

trunfarás, dicho por una buena característica, no tiene precio.

Y llego con esto al acto dramático por excelencia. El marido sorprende á la bruja en su casa, recela de sus intenciones y la despide; pero como es un poco escamón, observa á su mujer y á su huésped: cree que su honor peligrará, y dá una puñalada á su esposa persuadido de su inocencia, pero para preservarla de su seducción. Don Pedro se pone hecho un tigre, y mata al marido, al mismo tiempo que Carrascosa entra muy ufano.

—Señor, le dice, traigo grandes noticias.

—¿Buenas ó malas?

—De todo como en botica.

—Habla pronto.

—Pues bien: el hombre á quien diste ayer muerte en la calle, era tu hermano D. Lino.

—¡Qué horror!

—Pero consuélate, porque en cambio he sabido que aquella hija que tuviste en Madrid está en Sevilla. ¿No se llamaba Clara?

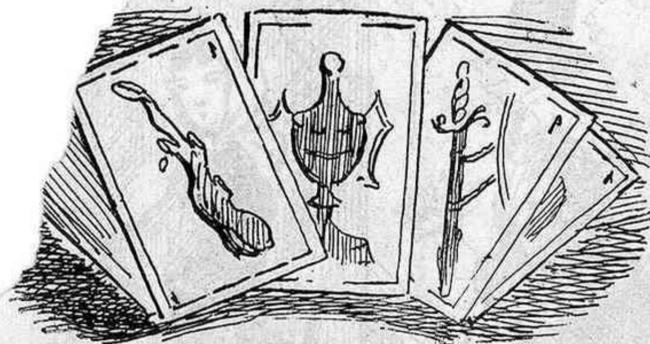
D. Pedro adivina en este momento que Clara su hija no es otra que la que le enamoró y acaba de morir.

—Pero aún hay más, añade Carrascosa: el hijo que tuviste de aquella mora en Constantinopla, vive, está casado y habita en Sevilla con el nombre de D. Gil Perez.

Nuevo asombro y nueva desesperacion de D. Pedro, porque su hijo Gil Perez es el mismo á quien acaba de matar, porque éste habia asesinado á su hermana y esposa Clara.

Ya comprende usted, amigo Sepúlveda, que esta situacion se presta; pero el calavera empedernido necesita castigo mayor. Ve entrar en el cuarto á la bruja cuyos servi-

LA VIDA DEL ESTUDIANTE (Revista). — por LUQUE.



El libro que más lee y con más interés.

PASO A LA TERTULIA



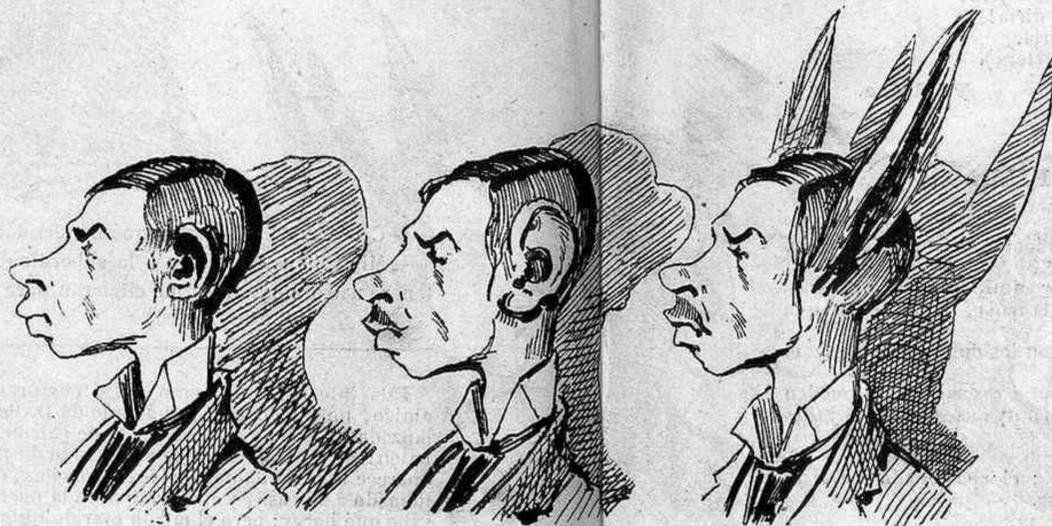
Clase á la que nunca falta.



La leccion que tiene mejor aprendida.



Momentos ántes del exámen



Antes del exámen.

En el exámen.

Despues del exámen.



Camino de su lugar. Importa una nueva simiente.

(Sigue á la vuelta.)

cios utilizó, y arrojándose sobre ella la ahoga con sus propias manos. Al apartarse horrorizado, repara que lleva adherido entre sus dedos su collar, del cual pende un medallón con un retrato; lo mira D. Pedro, exclama: — ¡Era mi madre! y cae muerto de repente.

Yo habia pensado matar tambien á Carrascosa, pero me parece mejor perdonarle la vida, para que pueda decir, adelantándose hasta la concha del apuntador: — Señoras y caballeros: si les gustó la obrita, hagan la más ligera indicacion, y saldrá á recibir los aplausos el autor, que me escucha desde el primer bastidor de la izquierda. Si, por el contrario, quedan ustedes disgustados, recuerden, ántes de silbarnos, que han aplaudido alguna obra de muy parecidas condiciones á las del drama que hemos tenido el honor de interpretar.

M. Ossorio y Bernard.

CIRCULAR.

Enjambres de esos que embotellan peces, y algunos que no son de Valdemoro, pero que van dos veces á las Manzanas de oro, dicenme á voz en cuello, como quien grita pregonando nueces, ó sotto voce, con acento amargo, y mirándome absortos, como si vieses uno ó dos abortos de la naturaleza:

— «¡Qué hacer sino dolerte la cabeza, si tienes el cabello atroz de largo!»
Y aún añaden algunos zampatorías:
— «¿Por qué no te lo cortas?...»
No les incumbe nada,

mas esto sin embargo, á fin de que termine la embajada, que mi paciencia agota produciéndome horribles sinsabores, voy á escribir con cisco en las paredes este volante circular ó nota:
«Por la Virgen santísima, señores; no me corto el cabello, porque para mandarlo hay que hablar de ello.»

Santiago de la Sota.

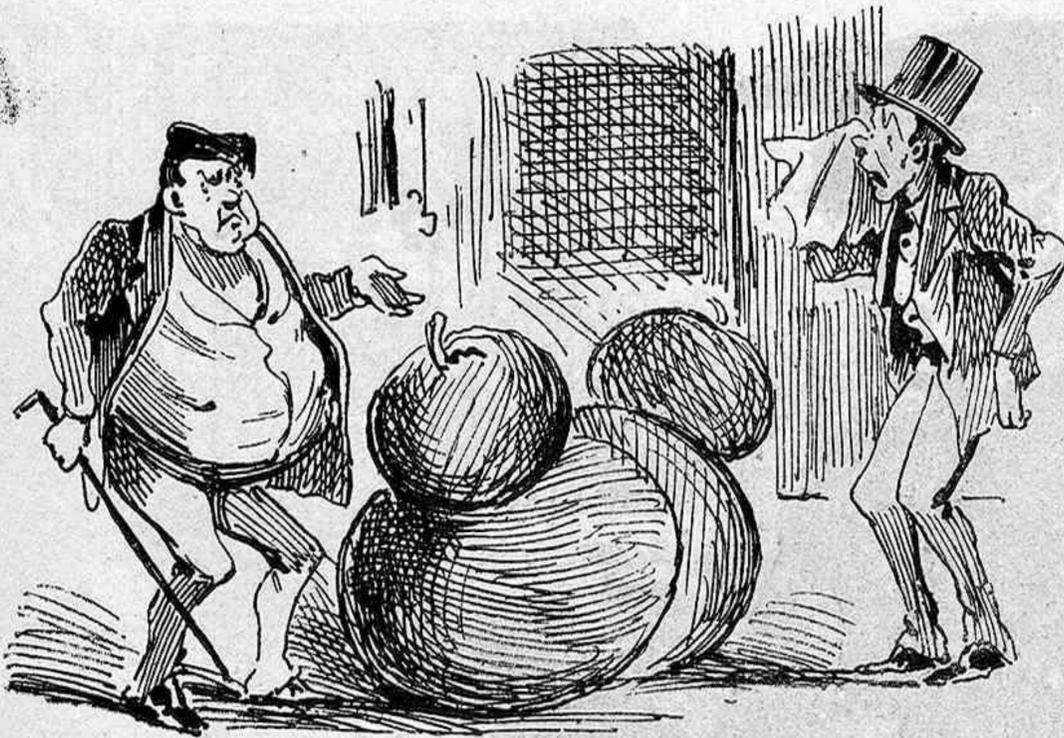
Queridos suscritores: como el autor de lo que dicho queda, aunque el número le brinde sus mercedes, no ha tenido hasta ahora cabimiento en el MUNDO que rige Sepulveda,

y éste se halla ocupado en el momento en busca de un acento que, sin darse razon de cómo ha sido, le acaban de quitar del apellido; no pudiendo escaparme de sus redes, por encargo especial que, aunque me exceda, me servirá de escudo, tengo el honor de presentar á ustedes esta especie de *naipe meledado*.

Segarra y Balmaseda.

Todas las órdenes lleva en su pecho don Zenon, y ayer le han dado una nueva... pero ha sido de prision.

LA VIDA DEL ESTUDIANTE (conclusion). — POR LUQUE.



Recepcion en la casa paterna.



Terminada su carrera.

FILOSOFÍA AL POR MENOR.

I.

El. — ¡Vivo para quererte!
Ella. — ¡Quererte es vivir!
El. — ¡Sin tí quiero morir!
Ella. — ¡Tu amor ó la muerte!
El. — ¡Mi dicha! ¡Mi embeleso!
Ella. — ¡Por tí el pecho late!
El papá. — (A ese botarate
 le voy á romper un hueso).

II.

El. — ¡Me desprecia el tirano!
Ella. — ¡Desgraciado amor!
Los dos. — ¡Morir es mejor!
 ¡Comprendán su afan insano
 los que en nuestro mal abogan!
 ¡Admire el mundo este arranque!
 ¡Muramos pues! ¡¡Al estanque!!!...
Un sujeto. — ¡Que se ahogan!

III.

Un guarda. — ¡Los he salvado!
El papá. — ¡Soy el culpable!
El mundo. — ¡Caso notable!
El doctor. — No es de cuidado.

IV.

El papá. — ¡Únanse los dos!
El doctor. — Así se cura!
Ellos. — ¡Oh dicha! ¡Oh ventura!
El mundo. — ¡Gracias á Dios!

V.

El. — ¡Pues te digo que sí!
Ella. — ¡Te digo que no!
El. — ¡Aquí dispongo yo!
Ella. — ¡Dispongo yo aquí!
El. — ¡Fementida! — *Ella.* — ¡Infiel!
El. — ¡Pues toma! — *Ella.* — ¡Bribon!
Los dos. — ¡¡La separacion!!
El juez. — (¡Oh, luna de miel!)

VI.

El mundo. — ¡Quién lo dijera!
El papá. — ¡Quién lo diría!
Balzac. — (Otra tontería.
 La apuntaré en mi cartera).

Vital Aza.

JUEGO DE BILLAR.

Ustedes no me negarán que el amor es un juego como otro cualquiera.

Pues bien: yo, dando esto por admitido, voy á probarles que es de *billar*, y que no le falta nada, ni aún mozo que apunte.

Por supuesto los jugadores son los dos amantes, y el juego es á *palos*.

Cuando los enamorados juegan á *carambolas* no pueden hacer *pérdidas*, y las *pérdidas* son muy buscadas en el juego del amor.

Y empiezo.

Los jugadores son dos jóvenes: él apasionado hasta lo infinito; ella sensible como nadie.

El mozo es la mamá de la joven.

Y no la llamo moza, porque dejó de serlo hace ya bastantes años.

Es una señora de cierta edad, que sabe más que un licenciado de presidio, y pide lo que pide de una manera que no se le puede negar.

Por eso dice, aunque tiene todo el aspecto de una mómia egipcia, que cuando ella ha pedido algo, nunca la han *dejado fea*.

Pero volvamos al billar.

El joven está taco en mano y va á *salir*. Su amada repara en ello y no lo permite.

Regla general: en el juego del amor las mujeres no quieren nunca que sus novios *salgan*. En cambio éstos las dejan *salir*, lo cual suele ser peligroso, porque llevan esa ventaja.

Sale ella con la bola núm. 4.

Tira y yerra, vuelve á tirar y yerra de nuevo.

De lo cual se desprende otra regla. En el juego del amor el amante yerra casi siempre las primeras veces; la mujer casi nunca.

Vuelve á tirar ella. La madre apunta seis tantos por nada.

El joven dá una *pifa* por querer hacer un gran efecto, y esto vale una al contrario. El mozo-mamá cuenta siete tantos.

EL SOBORNO (dibujo al lápiz). — POR PEREA.



Media onza para mí y esta cartita para la señorita, sin que lo vea el amo...

De pronto aparece otro jugador que quiere terciar en el partido.

La jugadora, por mirarle, empieza á distraerse y á dar tacazos sin ton ni son; pero por *chiripa* le proporcionan una ganancia inesperada. Lleva veinte tantos por tres.

Todo induce á creer que el partido lo perderá el amante, como sucede casi siempre.

Pero héte aquí que la jugadora tira, y al levantar el taco dá con él á su amante, el cual alza la cabeza y repara en el otro individuo: *carambola*.

El amante empieza á estar como los besugos por Noche Buena; escamado.

Pero continúa jugando, y la mamá-mozo, que nota su turbacion, se aprovecha de ella para entrapar, apuntando á su hija los tantos que gana su futuro yerno.

Va á decidirse por fin el partido: están á veintinueve.

El recién llegado, que ya con esperanzas por las miradas de la jugadora, se ha decidido á tomar parte en el juego, se acerca al amante, y dice:

—Caballero, Vd. está aquí demás; yo soy quien va á acabar este partido.

El jugador levanta el taco, el otro coge la *mediana*, que es mala y más que mala para aquél, y se arma la de San Quintín. ¡*Carambola y palos!*

La madre grita, la jugadora se desmaya, y los contendientes siguen jugando á *palos* de una manera portentosa.

Resultado final. El partido queda sin acabarse.

El amante se retira; el otro, poco despues, hace lo mismo, y la jugadora y su mamá esperan el feliz momento de que se presente si lo que se juega es una *casaca*.

Consejo á las lectoras.

Vosotras, que jugais continuamente á ese billar, procurad siempre no admitir más de un jugador; porque si con uno, y un mozo-mamá que apunte bien, es difícil llegar á treinta tantos, con dos jugadores es imposible.

Y advierto que treinta tantos en éste juego equivalen á decir *matrimonio*.

M. Ramos Carrion.

EPIGRAMAS.

—¡Ay! Consuelo, quién pudiera...
—Téngase usted, don Ginés.
—¿Que me tenga? Eso quisiera.
Si no he comido hace un mes.

—Está usted encantadora,
bellísima, angelical...
—No es cierto.
—¿Cómo, señora?...
—Estoy sentada, Pascual.

Pedro Sañudo Autran.

SONETO.

Á UN AMIGO.

Me preguntas, querido amigo mio,
si tengo fé, si creo en la firmeza
de un amor de mujer y en la nobleza
de su gran corazón sensible y pío.

Me preguntas si creo, si confío
en que haya una mujer que en su cabeza,
en vez de vanidad y de simpleza
guarde un juicio maduro, sério y frío.

Me preguntas si tengo fé en que arroja
muy lejos de ella extra-legal deseo
despues que como esposa la adquirimos;
allá vá una respuesta que no es floja:
en todo tengo fé y en todo creo
si es tener fé «creer lo que no vimos»

Felix Aramburu.

LA ÚLTIMA MODA. — POR SALCEDO.



Esto



matará á

aquello.

LAS DOS PREGUNTAS.

Una niña de aldea,
por demasiado hermosa casi fea,
al confesor austero
en su primera confesion decia:
—¿Pecaré, padre mio, si le quiero?
El cura entónces con la faz rugosa,
recordó que en la corte,
otra novicia igual, niña y hermosa,
tal vez debido al oropel del porte,
le habia preguntado hacia un año:
—¿Pecaré, padre mio, si le engaño?

A. B. y F.

Tan á la exageracion llevan en Holanda la limpieza y la pulcritud, que un andaluz, recién llegado de aquel país, decia á sus amigos:

«Figúrense ustedes si será allí la gente limpia, que en la calle, en el teatro, en los templos, en todas partes hay agentes de la autoridad que en viendo que uno va á escupir, se acercan á decirle que si quiere escupir, tenga la bondad de pasar á Bélgica.»

EL MUNDO CÓMICO.

(AL PÚBLICO.)

Es preciso que se sepa
aquí y en Sebastopol,
que el remedio más probado
contra todo mal humor
(no siendo humores herpéticos

ó de peor condicion),
es leer EL MUNDO CÓMICO,
semanario *comm'il faut*,
que lo busca todo el mundo,
quiere decir, *tout le monde*.

Lo buscan los que están tristes;
el que tiene algun dolor;
lo buscan las solterónas
que porque *quieren* lo son;
los maridos escamados;
la doncella de labor;
la beata, que lo mira
y lo lee con devocion;
los estudiantes, los pollos
que quieren casarse ¡horror!
las viudas reincidentes;
el que perdió una ilusion
y tiene barro en la cara
de tanto como lloró;
el cesante flaco y sério
como el puño de un baston;
el que en juego ó en amores
siempre sin suerte se vió,
y creyéndose de-
jado de la mano de Dios,
decide *pegarse* un tiro
como si fuera un boton;
todos, lector, todos ellos,
leyendo un número ó dos
de EL MUNDO CÓMICO, sanan
y se quedan al reló...
—Y no me digas que miento,
porque eso es faltar, lector;
un pollito amigo mio
se quitó un pesar feroz;
y la novia de un sujeto,
romántica de aficion,
que estuvo para morirse

cuando el novio la dejó,
sólo con leer un número
ha olvidado su afliccion;
y era fea como pocas,
y está guapa como un sol;
y ya se ha puesto tan gorda
que abulta más que un furgon.
¿Qué más? Una suegra (—de esas
que permite el Hacedor—),
que *le salió* á un caballero,
á quien siempre, en Badajoz,
trataba como se trata
á un caballo matalon,
desde que leyó este MUNDO,
que estoy *arreglando* yo,
reia tanto, que al cabo
se murió de un reventon,
quedándose, en un momento,
tan tranquilo aquel señor.
—Con que, si con tales pruebas
no quieres oír mi voz,
y tienes, lector, mal génio
y te hallas malo, ó peor,
de todo lo que te pase
tú responderás, no yo;
pues, entre los mil remedios,
conocidos desde Job,
para ahuyentar la tristeza
y cambiar de situacion,
ninguno hallarás como éste,
más barato, ni mejor.
—Y, ahora, tu harás lo que quieras.
Ya estás advertido. Adios.

Ricardo Sepúlveda.

Solucion á la charada del número anterior.

LOLA.

MADRID. — IMPRENTA DE T. FORTANET.

Calle de la Libertad, núm. 29.